

Tres siglos con el ingeniero Hermosilla (1715-2015)



Enrique Vázquez
Periodista

Resumen

Salvo error u omisión, solo el imperdonable descuido municipal ha hecho posible que en Madrid haya pasado, o esté pasando, inadvertido el tercer centenario del nacimiento del gran ingeniero, arquitecto y urbanista don José de Hermosilla, quien dejó en la capital una huella profunda en los tres registros, con una visibilidad mayor en el urbanismo y, en concreto, en la renovación total del centro-sur de la capital, ideada ya desde los días de Fernando VI y puesta en marcha por Carlos III. Este artículo es el mínimo homenaje que nuestra revista le debe.

Palabras clave

José de Hermosilla, ingeniero, arquitecto, urbanista

Abstract

Notwithstanding error or omission, only an unforgiveable oversight by the local government could explain the fact that the third centenary of the birth of the great engineer, architect and town planner, José de Hermosilla, has gone or is going largely unnoticed in Madrid. This, in spite of the profound mark left by Hermosilla in all these disciplines and particularly in town planning, where he was responsible for overseeing the total renovation of the centre-south of Madrid, as first envisaged during the reign of Ferdinand VI and later put into operation by Charles III. This article serves as the very least this journal may offer by way of homage.

Keywords

José de Hermosilla, engineer, architect, town planner

La larga calle rotulada con su apellido, Hermosilla, recorre el centro de Madrid de este a oeste... pero –primera novedad– el rótulo no honra a nuestro hombre, sino a su homónimo don José Mamerto Gómez Hermosilla, latinista, humanista y político a ratos (colaboracionista sincero, por liberal, con la administración de José Bonaparte) y, rehabilitado pronto, vuelto a su cátedra y al mundo académico. De la equívoca rotulación da cuenta don Pedro de Répide en su aún insuperado libro sobre el viario de la capital del Reino.

El Hermosilla que nos concierne a nosotros y merece, y de sobra, otra calle es el ingeniero y arquitecto extremeño don José de Hermosilla y San Dobal, “nacido en Llerena (Badajoz) el doce de mayo de 1715, hijo de don Rodrigo Hermosilla y doña Luisa de San Dobal y llamase Joseph Agustin”, según reza la partida de su bautismo firmada por don Pedro de Cárdenas, por fortuna conservada y una copia de la cual hemos podido leer gracias a la cortesía del cronista municipal de Llerena,

don Luis Garraín. Que un Pedro de Cárdenas signe el documento ya dice algo de peso sobre el marco público de Llerena en la fecha: los Cárdenas, como los Zapata y otros pocos linajes locales, eran una familia de pro y muy representativa de la estratificación social vigente. Un Cárdenas, don Alonso, fue el último maestro de la poderosa Orden militar de Santiago, cuya “Provincia de San Marcos de León” tenía allí su sede, su capitalidad. En la iglesia parroquial de Santiago, del siglo XV y claro aire santiaguista, descansan don Alonso de Cárdenas y su esposa, recordados en dos excelentes esculturas de estilo gótico-flamenco.

Nada sabemos de la infancia de Hermosilla, salvo que tuvo un hermano mayor, Rodrigo (quien alcanzará también en Madrid justo prestigio muchos años después) y, por tanto, como segundón parecía destinado a ser cura y hacer carrera en la Iglesia. Y así se dice en la elogiosa nota biográfica que a nuestro hombre dedica Ceán Bermúdez en su aún indispensable “Noticia de los arquitectos

tos y arquitectura de España”: “Nació en Llerena y desde allí se fue a Sevilla en cuya universidad estudiaría teología y filosofía porque sus padres le habían inclinado a la carrera eclesiástica (...) mas sus padres murieron pronto y él, gran aficionado a las matemáticas, se fue a Madrid donde consiguió entrar en el Real Colegio de Ingenieros y hacer gran progreso en trabajos de arquitectura militar (...) pero se pasó a la ingeniería civil y Sachetti le dio una plaza de delineante del palacio nuevo (...) pero quiso seguir en el Cuerpo de Ingenieros y entonces Carvajal (1), empeñado en el avance de las nobles artes con su Academia lo envió a Roma a estudiar sobre todo arquitectura”. Nuestro hombre había cumplido ya los 32 años.

La clásica “ida y vuelta” a Roma

El sería, por tanto, uno más de los célebres “pensionados” que fueron a Roma y tanto contribuyeron a su vuelta al auge de las bellas artes. Dice Ceán que Hermosilla “también escribió un tratado de geometría y las instrucciones para adelantar en la maquinaria de construcción de edificios”. Ceán resume mucho y va muy deprisa... porque Hermosilla, de hecho, había empezado su carrera con el grado de capitán del Cuerpo de Ingenieros Militares (2), el origen cierto de la ingeniería desde el punto de vista administrativo, y a su regreso de Roma en 1751, vuelve a trabajar, como ingeniero y geómetra, en la obra estelar del momento, el nuevo palacio real, y se involucra en las primeras actividades de la recién creada Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, creada en 1752 y de la que su hermano Ignacio sería secretario perpetuo entre 1753 y 1776. Un retrato de Ignacio, obra de Antonio González Ruiz, navarro y pintor de cámara del rey y que llegaría a ser director de la Academia, ha creado alguna confusión, pero hoy parece bien establecido que el retrato que ilustra nuestro artículo ni es el de Hermosilla ni del pintor citado: aunque es de lamentar, no es nuestro hombre el retratado, sino el arquitecto siciliano Filippo Juvara, que había muerto en Madrid en 1736, y su autor es Agostino Masucci.

Hermosilla, en quien se intuye a un hombre dinámico y no de fácil y estable acomodo, deja la institución en 1776 para retomar su oficio de ingeniero, concretamente para ser “ingeniero extraordinario de sus ejércitos”, como reza el real nombramiento de rigor. Tiene que dejar la Academia y en todo este trajín parece advertirse ya la mano del conde de Aranda, quien ya es capitán general y se aproxima al apogeo de su carrera, cronológicamente

paralela a la del extremeño. Tomaría parte en 1762 en la campaña de Portugal donde –lo escribe Ceán– “sirvió con nobleza y celo” y como ingeniero colaboró en el trazado y fortificación de la frontera, de la que quedan, por cierto muy abundantes e importantes restos. Hasta 1768 sería director de obras del llamado “Hospital General y de la Pasión en Madrid”, la gran iniciativa de Fernando VI y hoy, tras vicisitudes varias, sede del Museo Reina Sofía. Y alternó con otros encargos, como el palacio Anaya en Salamanca, obra cumbre del neoclasicismo y acaso su trabajo más personal como arquitecto, o el estupendo cuartel de las Guardias Valonas en Leganés, hoy, bien rehabilitado, sede universitaria. Y también estuvo en las primeras trazas, como se decía entonces a la planta o diseño de las obras, de San Francisco el Grande en Madrid. Y todo esto haciéndolo compatible con un encargo menos conocido, pero de trascendente importancia: formar, con Juan de Villanueva y Juan Pedro Arnal, el equipo que, sobre el terreno y con gran fortuna, se ocupó de sistematizar y poner en valor el tesoro de las antigüedades árabes de España, por orden de Carlos III y a partir de 1776 (3).

De su relación personal con su Extremadura natal no sabemos prácticamente nada y poco de su vinculación profesional allí y la explicación es sencilla: acreditado, muy activo, madrileñizado, viajero con comisiones reales, encargos y responsabilidades, no dispuso de tiempo o de motivos, con una sola excepción documentada: la remodelación entre 1746 y enero de 1747 de la espléndida torre y el conocido y notable doble cuerpo de galerías de la fachada norte de la gran iglesia de Nuestra Señora de la Granada, en la plaza mayor de Llerena, su patria chica. Hay alguna mención, sin detalles, de aparente colaboración suya u opinión solicitada sobre algunos trabajos menores en el monasterio de Guadalupe en 1754. Su esposa, doña Manuela Pérez de Revollo, sí debió estar más personalmente vinculada a su tierra, pues iría a morir allí, apenas solo un mes después de la desaparición de su esposo.

El complejo “ruedo” madrileño

Como ocurre casi siempre, en la vida profesional del gran Hermosilla también se advierte un cierto correlato con la vida política y social de la capital del Reino, su cercanía a determinados círculos y su distancia de otros. Esto podría explicar algunos de sus aparentes cambios de humor y el abandono de algunos proyectos. La sombra del



Durante largo tiempo se creyó que el retratado era don José de Hermosilla, pero está ahora bien establecido que, en realidad, es el arquitecto siciliano Fipippo Juvara, llamado a Madrid por Felipe V y que murió en la capital de España en 1736. El autor es Agostino Masucci, pintor de la “Accademia di San Luca”, en Roma

conde de Aranda se dibuja y su dinamismo (y sus poderes) como presidente del Consejo de Castilla (1766-1773) que le convierten en una especie de primer ministro de facto, parecen inseparables de la vida pública de nuestro ingeniero. Un autor de referencia para el periodo, Thomas F. Reese, no duda en calificar a Aranda de “ferviente mecenas de Hermosilla” (4), lo que explica en buena parte su papel en la puesta en marcha del proyecto estrella del rey Carlos III: la remodelación completa del sur de la villa de Madrid, partiendo de la atrevida decisión de abrir al público los jardines y parque (posesiones reales) del Retiro y renovar enteramente el paseo del Prado “como obsequio a las masas populares” de la capital.

El Consistorio atribuye formalmente el trabajo a Hermosilla en uno de los momentos que justifican sobradamente que se tenga a Carlos III como “el mejor alcalde de Madrid”. En la Biblioteca Nacional se conserva el primer plano del nuevo gran diseño de 1767 y de su relevancia y

buena factura dan idea estos párrafos escritos por el gran Chueca Goitia: “Hizo don Josef de Hermosilla grandiosas obras de terraplenado, ornamentación y plantíos del Paseo del Prado, que pasó de ser una alameda pueblerina y desordenada a convertirse en una de los lugares más hermosos de Europa”. Llamado también a menudo “Salón del Prado”, sería hasta el día de hoy, y lo que le queda, el eje más señorial, europeo y ajardinado de la capital. La ornamentación, el gran programa de fuentes de gusto romano imperial, correspondió ya al sucesor de Hermosilla, don Ventura Rodríguez, protegido, en cambio, de Campomanes, quien se hizo cargo del proyecto en 1775, un par de años después de la caída de Aranda en 1773. La política, entonces como ahora... y como siempre.

Solo un año después muere Hermosilla. En algunos textos he visto mencionado que eso sucedió en Leganés (donde demos visto que hizo una obra de importancia), pero nos ha sido imposible encontrar prueba alguna de



tal cosa y nos acomodamos a que falleció en Madrid el 21 de julio de 1776. Sus herederos recibirían en octubre de ese año, por real orden, 45.000 reales “por sus ocho años de trabajos”, sobreentendido, encargos de la Corona. Su prestigio era grande, el de un hombre dinámico, con poco gusto por los hábitos funcionariales o los cargos académicos. Es recordado y profesionalmente admirado por su obra compleja, que supo combinar el sentido artístico con el tono didáctico (son de gran valor sus cinco volúmenes de arquitectura civil, geometría, construcción, órdenes y tipología cuyo manuscrito conserva la Biblioteca Nacional) y por su servicio al Estado como ingeniero, esa condición que en el siglo XVIII era a la vez la de un delineante (“delineador” en la jerga de la época), un planificador y un urbanista y constructor. Madrid, por fortuna, conserva la huella de su paso por la expansión ordenada, útil y bella de la capital y el Salón del Prado es su testigo de excepción. Sería un marco ideal para que el Ayuntamiento se acordara un instante de este llerenense (allí, en Llerena, sí han hecho lo que han podido para recordarle y homenajear su memoria) que dio a la ciudad buena parte de su mejor fisonomía... **ROP**

Notas

(1) José de Carvajal y Lancaster (1698-1754), otro extremeño, fue, junto a Ensenada, el hombre fuerte del reinado de Fernando VI, de quien llegó a ser Secretario de Estado.

(2) Este Cuerpo, creado a iniciativa del primer Borbón, Felipe V, es inseparable de la ingeniería en España. El rey, mirando al precedente francés, nombró en 1710 al flamenco Jorge Próspero de Verboom jefe del flamante Cuerpo que ya en 1718, es decir, con rapidez, pudo proveer al gobierno con 50 ingenieros que se dedicaron a obras militares (ciudadelas), civiles (caminos, canales o puertos) y a la vivienda y urbanismo (la Bacceloneta...) Hermosilla sería un acabado ejemplo al respecto.

(3) Sobre esta ingente obra disponemos de un impagable informe, el del profesor Delfín Rodríguez-Ruiz, justamente titulado “La memoria frágil. José de Hermosilla y las antigüedades árabes de España”. Fundación Cultural COAM, 1992.

(4) Thomas F. Reese, en la “lección magistral” que abre el volumen “El arte en tiempos de Carlos III”, CSIC. Edit. Alpuerto, Madrid, 1989.